

EN TORNO A LA INTEGRACION DE LA CULTURA ANDINA

por CIRO RENÉ LAFON

Mucho se ha debatido acerca de la antinomia andino y amazónico.

La valoración y oposición de estos conceptos imponen ante todo que tengamos, de cada uno de ellos, una idea precisa para eliminar el peligro que significa tratar con categorías imperfectamente delimitadas, y por eso nos interesamos por definir con exactitud qué entendemos por andino.

Primero es necesario una breve presentación del ambiente geográfico en el que se desarrollaron las civilizaciones llamadas andinas para poder inferir «a posteriori» cuál ha sido el camino seguido por la migración de los elementos culturales.

Como ya es conocido, la zona andina geográficamente considerada está integrada por tres zonas de características completamente distintas: la Costa, la Sierra y la Floresta o Montaña. La primera es la estrecha faja litoral comprendida entre el mar y la cordillera de los Andes; es una verdadera faja desértica, en la que sólo es posible la vida en los valles transversales gracias a los ríos que bajan de la montaña y donde se desarrollaron grupos humanos de alta cultura. La segunda región, la Sierra, abarca la cordillera y las tierras altas que la acompañan, de clima más bien frío o templado frío por la altura, con lluvias estivales. Finalmente, la tercera zona es la que cae hacia la vertiente del Amazonas, cálida, húmeda, lluviosa y malsana.

Estas tres zonas, tan distintas entre sí, contribuyeron en su medida a la formación del patrimonio cultural andino, porque evidentemente desde el punto de vista geográfico, no eran una unidad en el estricto sentido del término. Las condiciones de vida en cada una son variadas, y las más favorables fueron sin duda la Costa y la Sierra. La adecuada valoración esquemática y explicativa de Horkheimer ¹ a este respecto

¹ HORKHEIMER, H., *El Perú prehispánico*, pp. 142-3. Lima, 1950.

nos ilustra perfectamente: se ve en su esquema cómo donde más se equilibran todos los factores es en la Sierra, pero con muy poca diferencia con respecto a la Costa.

En este medio ambiente fluctuante por sus características se desarrollaron los núcleos de civilización que tomaremos en cuenta a partir del momento en que Uhle, con su sensacional descubrimiento de carácter estratigráfico, puso en evidencia la existencia de altas culturas antes de la expansión de los Incas. La primera noticia de valor estratigráfico surgió como resultado de sus excavaciones en *Pachacamac*, cuyo primer informe fué dado a conocer en 1902², y posteriormente ampliada en su monumental obra sobre aquel templo³. Los cinco estratos sucesivos que dieron lugar a su elaboración cronológica aparecían perfectamente diferenciados y pudo así iniciar la reconstrucción de los tiempos preincaicos con base cierta e incontrovertible, sobre la que se ha edificado hasta nuestros días.

Pero el verdadero problema consiste en determinar el origen de las altas civilizaciones del Antiguo Perú, y a ese respecto existen opiniones encontradas que analizaremos a continuación tratando de llegar a un planteamiento satisfactorio.

La primera de las teorías acerca del desarrollo de las antiguas civilizaciones del sector andino fué esbozada por Uhle como consecuencia de sus excavaciones: no podía admitir que sus «pescadores primitivos» hubieran evolucionado por sí solos para dar origen a las culturas protoideas. Ya en 1920⁴ postulaba que la Sierra peruana fué un incentivo para la emigración de las tribus orientales, del tipo Aruac, pero que que llegaron «sin vestigios de civilización alguna», y en cambio, las influencias centroamericanas se hicieron bien pronto sentir, aunque lentamente al principio. Luego, a partir del momento protochimú «todas las manifestaciones de civilización del continente americano son dependientes, en su raíz, de la evolución que tuvo lugar en regiones centroamericanas», y así, propone tres momentos en el desarrollo cultural andino: 1) influencias directas de las grandes civilizaciones centroamericanas; 2) civilizaciones de tipo Chibcha y 3) civilizaciones de tipo peruano extendidas al sur de todo el continente.

² UHLE, M., *Types of culture in Peru*, en *American Anthropologist*, n. s., vol. IV, pp. 753-759. New York, 1902.

³ UHLE, M., *Pachacamac*. Philadelphia, 1903.

⁴ UHLE, M., *Los principios de la civilización en la Sierra Peruana*, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, t. I, pp. 44-56. Quito, 1920.

Esta posición de Uhle referente a la preponderancia de la acción de las culturas centroamericanas fué mantenida siempre como base de sus afirmaciones; en 1926 ⁵ como reacción contra la hipótesis de Rivet sobre la enorme influencia del oriente americano, afirmó rotundamente que «México o Centroamérica formaron en todo tiempo el centro principal de donde emanaron influencias a las otras partes del continente con el efecto de una elevación gradual paulatina».

Años más tarde ⁶, con la ayuda de la cronología maya ya establecida, trató el desarrollo de las civilizaciones en México o en Perú, reconociendo que en éste existió un cierto grado de cultura —domesticación de la llama, cierto uso de tejidos y cerámica inferior— antes de comprobar la existencia de invenciones con semejanzas evidentes a las de origen mayoide. El intercambio queda sintetizado para él en varias etapas: 1) radicación de tipos de carácter forastero, correspondientes al tiempo del primer imperio; 2) interrupción de esas relaciones y desarrollo independiente de las civilizaciones iniciales y 3) propagación de estas civilizaciones a las regiones circunvecinas.

En esencia, Uhle consideraba que los pueblos primitivos de la Costa desarrollaron su civilización con la influencia mayoide o centroamericana, antes de sentirse empujados a buscar nuevas tierras en dirección a la Sierra donde fundaron nuevos núcleos de población, vale decir, que la civilización del Antiguo Perú tuvo un origen costanero y que con posterioridad se expandió hacia la región de la Sierra.

Muy otra ha sido la posición del insigne peruanista Tello frente al problema del desarrollo cultural del Perú Antiguo. Desde sus primeros trabajos tomó partido por un origen distinto. En su *Introducción a la Historia Antigua del Perú* ⁷ y luego en su monografía del año 1942 ⁸ se declaró abiertamente monogenista, como se desprende de su diagrama cronológico de la génesis y evolución de la civilización peruana. En este diagrama están representadas las tres regiones físicas tradicionales en líneas verticales, y en líneas horizontales las cinco edades que considera hubo en el Perú.

En la «Era primordial» representa con un trazo oblicuo la direc-

⁵ UHLE, M., *Los elementos constitutivos de las civilizaciones andinas*, en *Anales de la Universidad Central*, t. XXXVI. Quito, 1926.

⁶ UHLE, M., *Desarrollo y origen de las civilizaciones americanas*, en *XXIII Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 31-43. New York, 1930.

⁷ TELLO, J. C., *Introducción a la Historia antigua del Perú*. Lima, 1922.

⁸ TELLO, J. C., *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942.

ción de las primeras migraciones como procedentes de un lugar no de terminado del noroeste o norte del Perú. En la época siguiente, la «Arcaica», indica la procedencia de las primeras hordas que vinieron de la floresta; supone dos momentos en el desarrollo de esta edad, uno homogéneo y otro de diferenciaciones locales, más antiguo en la sierra que en la costa, o sea, que como la civilización se inició en la sierra, sólo después de las irradiaciones simultáneas o sucesivas procedentes de ella, se desarrollaron las culturas costaneras. En esta edad se ubican los antecedentes de las culturas locales a cuyos nombres antepone el prefijo «Pre». En las épocas siguientes continúa la diferenciación; la segunda marca el más alto grado de individualidad y en la tercera, algunas culturas locales predominan, para confluir todas en la cuarta época con la formación del «Imperio Incaico». El cuadro entero está recorrido por líneas punteadas que representan las irradiaciones de dos grandes focos culturales: Tiahuanaco y Chavín.

En síntesis, Tello sostiene que los centros de alta cultura del Perú Antiguo se originaron en la Sierra gracias a la conjunción de influencias venidas de la Amazonia, y que una vez desarrolladas se trasladaron a la costa.

Hemos citado a Uhle y a Tello como exponentes de las posiciones extremas más conocidas con relación al problema que nos hemos planteado, pero no debemos olvidar que ha habido otras opiniones que asignan orígenes y vías distintas a las primitivas poblaciones, como Jijón y Caamaño⁹, que en su magnífica monografía del año 1930 se declara partidario de una migración centroamericana llevada a cabo por vía terrestre, la que fué dejando rastros a lo largo de su extenso desplazamiento; o como Boman¹⁰, que alzó su voz contra el origen amazónico de las altas culturas peruanas.

Colocados frente al problema del origen de las antiguas civilizaciones andinas, hemos cotejado los argumentos de cada opinión extrema concluyendo que no son incompatibles; aceptamos la llegada de influencias por el corredor andino como pretende Tello, y también el origen costanero de algunos elementos culturales como quiere Uhle, pero aún queda pendiente la lucha en el tiempo de estas dos afirmaciones que

⁹ JIJÓN y CAAMAÑO, J., *Una gran marea cultural en el noroeste de América*, en *Journal de la Société des Américanistes*, 2e. série, tomo XXII, pp. 107-197. París, 1930.

¹⁰ BOMAN, E., *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Desert d'Atacama*. París, 1908.

ambos contendores sostuvieron con argumentos en pro y en contra durante largos años.

Para nosotros, el problema debe plantearse de una manera distinta; es necesario darle mayor amplitud y salir de lo que era el Perú o el Perú Antiguo para abarcar toda la América Meridional colocada al oriente de la cordillera occidental, desde el istmo hasta el Bío-Bío, reaccionando contra la tendencia a excluir la Arqueología de Ecuador y de Colombia del problema andino, siendo que ambos integran un haber común que descansa sobre un fondo panandino más antiguo, levemente vislumbrado por Uhle. Consideramos que ha llegado el momento de dar a estos estudios la trascendencia que merecen en la integración de lo andino.

La rica arqueología colombiana, cuyas muestras pueden observarse en los trabajos de Hernández de Alba ¹¹ o de Bennet ¹², para no citar sino los más recientes, pone en evidencia afiliaciones no valoradas aún en toda su extensión. Los artefactos pétreos de San Agustín y regiones circunvecinas no son sino uno de los eslabones de la cadena que a través de Aija, Chavín y Tiahuanaco llegó hasta el norte argentino. La cerámica colombiana, si bien alcanzó la perfección técnica de los Andes Centrales, pone de manifiesto fuentes comunes de inspiración, y de este centro cerámico de Colombia se originan una serie de expansiones que irradian hacia la floresta y que a veces volvieron hacia él con sello nuevo¹³. La reivindicación de la importancia de Colombia en la cultura andina, hasta ahora poco tratada, ha sido últimamente llevada a cabo por Trimborn ¹⁴, quien ha iluminado su patrimonio protohistórico. A la luz de estos nuevos estudios puede admitirse la circulación de grupos humanos con elementos de alta cultura hacia regiones extrañas y alejadas de la floresta, donde a pesar de la hostilidad del medio físico tuvieron vida propia.

Otro tanto ha sucedido con el rico acervo arqueológico ecuatoriano. Aunque restan zonas desconocidas, el estado actual del conocimiento permite colocar al Ecuador junto a Colombia. Bastarían tan sólo los trabajos de Uhle en Esmeraldas ¹⁵ y la serie de monografías de Jijón

¹¹ HERNÁNDEZ DE ALBA, G., *Colombian Archaeology*. Bogotá, 1941.

¹² BENNET, W. C., *Archaeological regions of Colombia: a ceramic survey*. en *Yale University Publications in Anthropology*, N.º 30-31. New Haven, 1944.

¹³ IMBELLONI, J., *La extraña terracota de Rurenabaque (N. O. de Bolivia) en la arqueología de Sudamérica*, en *Runa*, tomo III, pp. 71-169. Buenos Aires, 1950.

¹⁴ TRIMBORN, H., *Vergessene Königreiche*. Leipzig, 1948.

¹⁵ UHLE, M., *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas*, en *Anales de la Universidad Central*, tomo XXXVIII. Quito, 1927.

y Caamaño ¹⁶ para dar una idea de esta importancia: fuera del Perú es el único lugar de América donde ha sido posible observar una sucesión de niveles de los cuales el último, Tuncahuán, es el testigo de una oleada centroamericana llegada a través del corredor andino, cuyo equivalente peruano, en última instancia sería el período de Recuay.

Por su situación geográfica, Ecuador ha sido donde mejor se han conservado los testimonios de antiguos movimientos de flujo y reflujo de grupos humanos portadores de cultura. La metalurgia ecuatoriana prueba técnicas de marcado aspecto chibcha, y al lado de cerámica notablemente típica como las «compoteras» figuran vasos con característica pintura negativa. Por otra parte las «tolas» recuerdan las grandes construcciones piramidales de tierra del Perú, y las estatuas de la costa se vinculan sin duda con el núcleo agustiniano. Los estudios monográficos, desde Vernau-Rivet ¹⁷ hasta los más recientes de Collier y Murra ¹⁸, no hacen sino confirmar esas presunciones.

Considerado con esta amplitud, el concepto de cultura andina se agiganta tanto en complejidad como en extensión. No se trata ya del Perú o del Antiguo Perú sino de algo infinitamente más extenso; un área sobre la que existía un fondo común no muy rico pero que fructificó maravillosamente ante la llegada de influjos por vía marítima (más reciente) y por vía terrestre, por la costa y por el corredor andino. Esta fecundación proliferó en numerosas culturas locales en ambos sectores geográficos que a su vez actuaron unas sobre otras con predominio temporal de alguna de ellas hasta llegar a integrar el complejo cultural que hoy conocemos como cultura andina.

En esta cultura andina tan compleja en sus múltiples aspectos no bien delimitados en la actualidad es menester distinguir varias categorías de elementos para podernos entender con cierta claridad, y por esa razón debemos manifestar cuáles son, a nuestro parecer, las categorías que la integran.

Un fondo panandino de extensión continental cuyos fósiles guía son las figurinas arcaicas y derivadas, en las que se incluyen los vasos

Estudios esmeraldeños, en *Anales de la Universidad Central*, tomo XXXIX. Quito, 1927.

¹⁶ JIJÓN y CAAMAÑO, J., *l. c.*

¹⁷ VERNEAU, R. y RIVET, P., *Ethnographie ancienne de l'Equateur*, s. d.

¹⁸ COLLIER, D. y MURRA, J. V., *Survey and excavations in Southern Ecuador*. Field Museum Natural History Anthropology, vol. XXXV. Chicago, 1943.

figurina y las urnas androprosopas. A este tipo se agregan elementos que hay que agregar un trabajo de la piedra de tipo megalítico, no muy evolucionado, una agricultura del maíz, un comienzo rudimentario del arte textil, que aprovechó la lana de los primeros animales domesticados y un comienzo de la metalurgia de los metales nobles en su estado natural.

El segundo grupo de elementos que integra la cultura andina está formado por una serie de especialidades de gran envergadura producidas como consecuencia de una fructificación del fondo panandino por influjos llegados de Centroamérica, en la región de los Andes Centrales. Esta segunda categoría supone un perfeccionamiento de la cerámica en todos sus aspectos; un trabajo de la piedra que evoluciona hasta dar los magníficos ejemplares de Chavín y Tiahuanaco; un desarrollo enorme de la agricultura intensiva, con andenes de cultivo e irrigación artificial, y un perfeccionamiento no superado del arte textil, cuyos mejores testigos los proporcionan Nazca y Paracas. De la vida social o religiosa poco sabemos, pero parece que debe asignarse a este momento una organización totémica con existencia de santuarios regionales y culto de la cabeza trofeo.

Finalmente el momento incaico corresponde a la unificación casi total del área andina bajo la hegemonía del Tahuantisuyo. Esto supone una tipificación de la cerámica; construcciones de piedra particulares; puentes y caminos; perfeccionamiento de la organización social estratificada; culto solar y amplio desarrollo de la metalurgia. La agricultura se canoniza y la tierra se divide.

Así, pues, suponemos que lo andino está integrado por estas tres categorías de elementos principales a los que debe agregarse una cuarta, que sería la de especialidades locales en cada sector geográfico particular.

Después de definir lo andino por su forma y dispersión, si queremos lograr una idea general de las civilizaciones americanas debemos tener en cuenta el enorme espacio de la América Meridional ocupado por las tierras llanas con todas sus manifestaciones de cultura tanto ergológicas como artísticas. En esta zona pueden distinguirse dos categorías de invenciones, las propias y las que han penetrado llegando a vivificar de tal modo como para establecer núcleos secundarios de población.

Las primeras fueron reconocidas como propias de la gente de la llanura desde un primer momento, mientras que las segundas han demorado más en hacerse evidentes por el «mirage» geográfico que tantas veces ha engañado a los arqueólogos. Esta sobrevaloración del factor

geográfico explica la antítesis «Gebirgskultur» y la «Flachslandskultur» que estableciera Max Schmidt¹⁹ identificando aquélla con Tiahuanaco y ésta con la cultura Arwak, manifestada en los artefactos de Marajó.

La separación profunda e insalvable entre ambas áreas debe ser superada. Debe reconocerse en la Amazonia no sólo islotes de cultura andina²⁰ sino también el florecimiento de grandes núcleos de manufactura artística procedentes de la zona andina, como ha sido demostrado recientemente por Imbelloni²¹. La supremacía entre ambos núcleos debe ser concedida al área andina, porque sus invenciones trascendieron el límite geográfico y se enriquecieron en la llanura y porque a ésta llegaron sugerencias de Ecuador, Colombia, América Central y de las Guayanas, convirtiendo a la cuenca del Amazonas en un vasto receptáculo de invenciones. De allí, a su vez, se produjo una irradiación hacia las zonas circundistantes y hacia zonas muy alejadas, pero con su origen andino enmascarado por la transformación sufrida en la llanura, que muchas veces engañó al estudioso acerca de su origen.

¹⁹ SCHMIDT, M., *Die Aruaken, ein Beitrag zum Problem der Kulturverbreitung*. Leipzig, 1917.

²⁰ NORDENSKIÖLD, E., *The Cooper and Bronze age in South America*, en *Comparative Ethnographical Studies*, N.º 4, mapa 1. Goteborg, 1921.

²¹ IMBELLONI, J., *l. c.*